

Encuentro, memoria, esperanza

La existencia cristiana está determinada por tres realidades que la constituyen y que como principios fundantes le dan origen, la mantienen en el presente y la abren al futuro. Ellas son el encuentro, la memoria y la esperanza.

El inicio y fundamento es el conocimiento objetivo y el encuentro personal con Dios tal como El se nos da en Cristo. Este conocimiento y encuentro acontecen siempre en situación, y sin embargo abren siempre a lo eterno. La vida del hombre es humana cuando arraiga a la vez que despega del lugar y del tiempo en los que vive. El arraigo no es algo que nosotros queramos llevar a cabo con un acto de voluntad, sino el hecho mismo de que nuestra finitud y libertad estén constituidas por unas determinaciones particulares, que no nos son ajenas y exteriores sino interiores y entrañantes, es decir, constitutivas de lo que es nuestra entraña. Por ello deberían sernos entrañables el lugar y el tiempo en los que Dios nos sitúa: somos desde ellos, para ellos, con ellos. Arraigo quiere decir particularidad y horizontalidad. El hombre sólo se mantiene personal y espiritual cuando, a la vez que hacia la tierra y hacia el adelante del futuro, se abre hacia el fondo de sí mismo y hacia el arriba del misterio. Es ese despegue el que le arranca a la animalidad por un lado y a la desesperación por otro.

Mientras que el animal no tiene historia, el hombre la tiene precisamente porque rompe la temporalidad, abriéndose a lo Eterno; y quiebra el devenir haciendo preguntas metafísicas. Para el hombre existe el Misterio, es decir, la totalidad como irrepresentable, inapresable, dominadora y plena de sentido, es decir, cuestionable y cuestionadora. El Misterio se convierte así en el manadero de la interrogación y del sentido, del desasosiego y de la esperanza:

El misterio es lo que abre la temporalidad y le confiere su profundidad, lo que introduce en ella una dimensión vertical, haciendo de ella el tiempo de la revelación y del despliegue. De esta forma adquiere sentido.¹

Esa historia humana así tejida con arraigo en lugar y tiempo a la vez que con despegue sobre ellos, trasponiendo al hombre hacia una realidad soberana que le es anterior y futura al mismo tiempo, que le domina y le sobreviene, es el lugar concreto donde el hombre llegando a sí mismo llega al Absoluto de gracia que es Dios; o mejor, es en la historia donde Él llega hasta nosotros encontrándonos, mientras hacemos nuestro trabajo diario. Abraham es sobresaltado en el encinar de Mambré mientras atiende sus ganados; Gedeón mientras trilla en la era; María cuando está en sus faenas domésticas

¹ J. Lacroix, *Histoire et Mystère (Tournai, 1962)*, 7.

de Nazaret; Pedro y Juan cuando pescan; Pablo cuando va de viaje a Damasco. Cada tierra es lugar posible de revelación y de encuentro con Dios para cada hombre.²

La experiencia cristiana ha dicho siempre que el hombre es prevenido antes de que él venga; es preparado antes de que él acometa una tarea; es encontrado por Dios antes de buscarlo, o cuando tras larga búsqueda dudaba ya de poder encontrarlo. La vida es así una lenta, a veces anónima pero incesante búsqueda que el hombre hace de Dios; y sin embargo al final el hombre se reconoce a sí mismo encontrado, cuando buscaba por caminos que no conducían a la meta o incluso cuando ni siquiera buscaba.³ Los profetas en el AT y los apóstoles en el NT han sufrido esa desazón de ver que los hombres no buscan a Dios, aún cuando sea la realidad que más necesitan. A la vez han anunciado la misericordia de Dios, porque justamente comprobaron que Él se deja ver de quien no le busca y se hacen contradicho de quien no quiere encontrarle:

Yo ofrecía respuesta a los que no me interrogaban; salía al encuentro de los que no me buscaban. Yo decía: «Heme aquí», «heme aquí» a gente que no invocaba mi nombre. Todo el día tendía yo mis manos a un pueblo rebelde, que iba por caminos malos en pos de sus pensamientos.⁴

Este texto del profeta Isaías es reasumido por San Pablo para describir el destino de su pueblo. Con él sin duda está transcribiendo también lo que había sido su propia trayectoria. El no buscó a Cristo, más aún lo perseguía para aniquilarlo y con él a todos los que iban tras su nombre. Luego se sintió buscado, encontrado, apresado y fascinado por él hasta el punto de que ya nunca más se soltó de él ni encontró nada en el mundo que fuera capaz de arrancarle a aquella experiencia fundante de haber sido llamado, encontrado y amado.⁵ Esa experiencia acontecida en un momento concreto: «cuando iba yo a Damasco con cartas de recomendación para llevar atados a Jerusalén a todos los que siguieran este camino de Jesús»⁶ se convierte para él no sólo en un hecho que vuelca su vida, vertiendo su contenido propio y convirtiéndola hacia otra realidad, que en ese acontecimiento se le revela lo que es un plan eterno, una elección por la que desde siempre él, Pablo, ha sido pensado por Dios para ser conforme a Jesús, constituido heraldo, apóstol y maestro de las gentes.⁷

Los ejemplos de los hombres conversos, fascinados y enviados por Dios a una misión, no pueden ser tomados como ejemplo en su materialidad para descubrir cuál es la voca-

² Génesis 18; Jueces 6; Lucas 1, 26-37; Mateo 4, 18-22; Hechos 9.

³ *San Agustín es un exponente máximo de esta necesidad de buscar la verdad, a la vez que de la duda de encontrarla y finalmente de la experiencia de haber sido encontrado por Dios. Así al comienzo del Libro IV de las Confesiones, cuando «ya no era maniqueo, aunque tampoco cristiano católico», escribe: «mas yo caminaba por tinieblas y resbaladeros y te buscaba fuera de mí, y no te hallaba, ¡oh Dios de mi corazón!; y había venido a dar en lo profundo del mar, y desconfiaba y desesperaba de hallar la verdad» (VI, 1, 1).*

Al final del Libro XI en cambio escribe: «Te lo suplico por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, el Varón de tu diestra, el Hijo del Hombre, a quien escogiste para ti, Mediador tuyo y nuestro, por quien nos buscaste cuando no te buscamos, y nos buscaste para que te buscásemos; Verbo tuyo por quien hiciste todas las cosas, entre las cuales también a mí; Unico tuyo, por quien llamaste a la adopción al pueblo de los creyentes y en él a mí» (XI, 3, 4).

⁴ Isaías 65, 1-2; Romanos 10, 19-21.

⁵ Romanos 9, 37-39.

⁶ Hechos 9, 1-5.

⁷ Timoteo 2, 7.

ción a la fe y al ministerio del evangelio. Pero sí pueden ser tomados como «paradigma», como «entelechia»; es decir, aquello que contiene lo esencial y específico de toda vocación cristiana: haber sido encontrados, sobresaltados, fascinados y enviados. La historia de la salvación es la sucesión de llamadas y respuestas, de búsquedas y de encuentros, que inicia Dios y a los que responden hombres y mujeres.

En Jesucristo esa llamada se ha hecho palabra audible y tocable; esa búsqueda se ha hecho destino de Dios con nosotros vivido en solidaridad hasta el final. Lo específico y diferenciante en Cristo Jesús no es que él sea un genio, héroe, filósofo, u hombre religiosamente muy dotado y que por consiguiente haya logrado una conquista, o dado una respuesta extraordinaria al problema de Dios o a la tarea de vivir según Dios en el mundo. Jesús es un hombre concreto de la historia concreta, nacido de una mujer concreta en una tierra concreta, durante un tiempo concreto. Es un galileo, nacido de María de Nazaret, que vive en el entorno del lago de Tiberíades, se acerca a Jerusalén como patria del judaísmo en la que tiene que acreditar su mensaje religioso ante las autoridades, donde es apresado y finalmente condenado a muerte como resultado de una colaboración entre el Sanedrín judío y el prefecto romano Poncio Pilato. Y en medio de eso y por eso es la «Persona Veritatis», aquél en quien la Verdad es persona, tiene nombre, rostro e historia.⁸

Ese espesor y concreción de realidad son el ancla que fijan la figura de Jesús a nuestra historia de hombres e impiden que se nos pierda en el tenebroso mar de la especulación, del mito o de la mística; en una palabra, de la irrealidad o conceptualidad, que luego los poderes de cada momento precisarían a su albedrío y arbitrariedad. Jesús es un alguien particular, no una idea universal; una persona de la humanidad general, no un proyecto filosófico o moral de un cualquier filósofo o moralista; es un hijo de la tierra judía a la que pertenece siempre y de la que no puede ser expatriado, no el sím-

⁸ Jesús ha sido popularizado como «genio» y «héroe»; bien individualmente o como expresión de la fuerza de un pueblo, por E. Renan en su *Vie de Jésus* (1863) y por D.F. Strauss, *Leben Jesu für das deutsche Volk* (1864), versión más positiva de la que originalmente publica en 1835-1836, radicalizada luego en *Der Christus des Glaubens und der Jesus der Geschichte* (1865), en la que rechaza toda posibilidad de establecer coherencia entre la realidad histórica de Jesús y lo que la confesión de fe afirma de él. Nietzsche reacciona con violencia frente al intento de querer caracterizar o valorar a Jesús en clave de heroísmo o genialidad, especialmente en su obra *El Anticristo*.

El cristianismo jamás ha intentado apoyar su fe en Jesús refiriéndose a su genialidad, heroísmo, grandeza moral, capacidad intelectual, belleza física, acción y eficacia social, movilización revolucionaria de conciencias, capacidad utópica. Todas estas perspectivas tienen su parcial verdad, pero ellas suscitarían la admiración, la adhesión intelectual, el seguimiento moral, el entusiasmo erótico, la pasión utópica. Lo que los cristianos han ofrecido a Jesús, propuesto a los demás y reclamado para él del mundo, es otra cosa bien distinta: fe.

*La fórmula citada es de San Agustín, para quien Jesús no es ante todo ni maestro de verdad, ni ejemplar de fidelidad a un ideal ni cosa parecida. Es de otro género: la verdad que es Persona viviente y que se nos da en solidaridad de naturaleza y de historia, por ello como misericordia connatural y copartícipe de nuestra miseria. Describiendo la cristología deficiente que él tenía cuando todavía era maniqueo escribe San Agustín: «Reconocía yo en Cristo al hombre entero, no cuerpo sólo de hombre o cuerpo y alma sin mente, sino al mismo hombre, el cual juzgaba debía ser preferido a todos los demás no por ser la persona de la verdad, sino por cierta extraordinaria excelencia de la naturaleza humana y una más perfecta participación de la sabiduría» (Confesiones VII, 19, 25). Sobre estas versiones seculares de Jesús a lo largo del siglo XIX y XX cfr. B. Sesboué, *Jésus Christ à l'image des hommes* (París, 1978); H. Waldenfels, *Kontextuelle Fundamentalthologie* (Paderborn, 1985), 206-212 («Jesus der Philosophen»); 212-217 («Jesus der Juden»); 217-228 («Jesus in den Weltreligionen»).*